REBELIONES DE SERIS Y PIMAS EN El SIGLO XVIII

CARACTERÍSTICAS Y SITUACIÓN

por María Elena GALAVIZ DE CAPDEVIELLE

Antes de la conquista era conocida por los indígenas con el nombre de "Pusolana", una vasta extensión territorial, delimitada al sur por el río del Mocorito, Sin., y enmarcada entre la Sierra Madre y el Golfo de California, y se prolongaba desde el norte hasta las márgenes del río Gila. Esta provincia estaba habitada por numerosos núcleos de población, integrados por apaches, pápagos, ópatas, pimas y seris.

Estos pueblos, excepto los apaches, pertenecían a la familia lingüística pimana, de la que derivan sus diversas lenguas y dialectos. No todos estos grupos presentaban el mismo estado de evolución, y sus formas de vida económica, social y política no eran las mismas. Vivían más o menos arraigados a sus respectivas localidades, situadas de preferencia a inmediaciones de los ríos, y aun cuando subsistían fundamentalmente del cultivo rudimentario del maíz, muchos, por circunstancias geográficas especiales, se veían obligados a sustentarse de la pesca, de la caza, o de insectos, raíces y frutos.

Habitaban en aldeas relativamente populosas, en cuya plaza se desarrollaba su incipiente vida pública. Esta se reducía a las asambleas de la tribu, presidida por los ancianos y capitanes distinguidos, con asistencia de todos los guerreros, y en ellas se discutía la paz o la guerra, se fumaban en ocasiones las tradicionales pipas de la fraternidad, que ofrecidas a los guerreros de otra nación simbolizaban la amistad más firme y duradera; o se ejecutaban danzas guerras o fúnebres, y se realizaban ritos

votivos para tener buenas cosechas, caza abundante o pesca feliz, siempre que se tratara de una empresa en común.

El politeísmo imperaba en ellos, aunque no tuvieran idea muy clara acerca de la divinidad. No existía el sacerdocio propiamente dicho, ni templos formales, ni ceremonia de culto colectivo. Sin embargo, la influencia de los hechiceros era muy importante en la vida de aquellos pueblos. La hechicería era ejercida como una profesión individual. Sus miembros no constituían secta o grupo organizado, y se significaron siempre por su resistencia al invasor, particularmente al misionero, en quien veían un peligroso competidor que perjudicaba sus intereses profesionales.

Por lo que se refiere al régimen interior de la tribu, no existía prácticamente la autoridad política, ni era necesaria. Poseían y trabajaban la tierra en común, aunque desconocían la prestación de servicios, como no fuera de carácter familiar o espontáneo; no pesaba sobre ellos tributo o gravamen personal; practicaban el comercio interior y exterior, aunque en tan reducida escala, que más bien era un trueque. Carecían de moneda y de apreciación o estimación acerca del valor real de los metales preciosos; no sentían la necesidad de la previsión, ni la de protegerse a sí mismos o a sus familiares, porque en caso de emergencia, la naturaleza les proporcionaba recursos para proveer, sus necesidades. Al morir los padres de familia, sus huérfanos eran disputados en todos los hogares, donde habrían de tratarlos como hijos propios.

Las riñas entre los habitantes de la tribu eran desconocidas. El respeto a la propiedad constituía una virtud innata en aquellos pueblos; no existían querellas por cuestiones de interés. La virginidad de las mujeres la respetaban hasta los guerreros de otra tribu contraria, y por razones de carácter totémico consideraban la vida humana sagrada. Sólo daban muerte en combate; hacerlo constituía un alto honor.

Usaban el arco y la flecha como armas ofensivas, cuyo pedernal solían envenenar en ocasiones. El hacha, de piedra, la macana y la lanza eran de madera; y entre las armas defensivas

tenían la adarga o escudo de forma ovalada o circular, hecho con piel de tigre, de león o de caimán.

En las luchas contra las otras tribus no se respetaba el derecho a la vida y a la libertad, por lo que la solidaridad en sus empresas guerreras fue inquebrantable. Además de la defensa contra el enemigo, tenían la oportunidad de ejercer la actividad más honrosa.

Causas especiales retardaron la conquista e hicieron ineficaz el empleo de las armas en la reducción y dominación efectiva de la región habitada por estas tribus. [1]

Los Seris

Localización geográfica

Antiguamente el territorio seri ocupaba una prolongada faja a lo largo del litoral, desde el río de la Asunción o de Altar, hasta la primitiva desembocadura del río Yaqui. Abarcaba las actuales municipalidades de La Colorada, San Miguel de Horcasitas, Rayón, Opodepe, Santa Ana, Magdalena, Trincheras, Caborca, Pitiquito, Hermosillo y Guaymas, y comprendía hasta el noroeste la isla de Tiburón y los islotes adyacentes.

Características generales

En la organización social de los seris, las mujeres, principalmente las ancianas, gozaban de preponderancia en todos los actos de la vida privada o colectiva. Se hallaban investidas con los poderes legislativo y judicial, de tal manera que aunque existía un jefe en la tribu, éste sólo ejecutaba las órdenes de las mujeres, quedando supeditada su autoridad a los acuerdos y determinaciones de la asamblea femenil.

[1] Laureano Calvo Berber, *La población indígena del noroeste. Nociones de historia de Sonora*. México, Librería de Manuel Porrúa, 1958, pp. 20-22.

No se sabe de dónde vinieron, algunos historiadores suponen que del noreste de Asia y que están emparentados con los habitantes de Kamchatka.[2]

Puede afirmarse que se conoce la historia de los seris desde el año 1689, a partir del arribo de su primer misionero, el padre Adamo Gilg, fundador de la misión de Santa María del Pópulo.[3] Aunque en 1540 fueron confirmadas las noticias de la existencia de esta familia por don Fernando de Alarcón, que descubrió la isla habitada por los seris y le puso el nombre de isla de Tiburón.[4]

Según la clasificación que hizo. Gilg, la familia de los seris se hallaba integrada por tres grupos:

Los *seris* propiamente dichos, que era el grupo más numeroso, ocupaba la región septentrional de su territorio y se subdividía en: bacoachis, tepocas, tiburones, salineros y carrizos.

Los hupanguaymas, que se localizaban en la parte media, y los *guaymas,* que se situaron en la región meridional a inmediaciones de la bahía a la que dieron su nombre.

Todos hablaban el mismo idioma y presentaban igual tipo de cultura.

La mayoría de los cronistas nos presentan a estos indios rudos, toscos, viviendo como nómades, alimentándose miserablemente de la pesca y de la caza, que practicaban en forma rudimentaria, sin industrias ni artes, casi sin religión, y con ideas muy vagas y confusas acerca de la divinidad. La familia seri tiene todas las características de un pueblo primitivo.

Conservaron, además, el carácter totémico de su organización social, el zooteísmo en sus creencias religiosas, y, en suma, todas las manifestaciones de su barbarie. A pesar de su atraso supieron exigir sus derechos, y se sublevaron más de una vez. [5]

[2] Castillo, Renato, "Los Seris: una raza que se extingue", en *Sucesos para Todos,* N° 1,695. México, 5 de noviembre de 1965. Ilstrs., p. 35.

[3] *A.* G. N. Historia, t. 19, f. 250.

[4] Francisco Rojas González, *Los Seris, en Etnografía de México. Síntesis monográficas* México, Instituto de Investigaciones Sociales, U. N. A. M. 1957, p. 33.

[5] A. G. N. *Historia*, t. 19, f. 250.

Los Pimas

Localización geográfica y clasificación

Los pimas se dividían en dos grupos principales: Pimas altos y Pimas bajos. Los pimas altos integraban los grupos siguientes: al norte los *sobaipuris,* la más numerosa tribu agrícola, subdividida en tres partidos, uno situado a orillas del Río Santa Cruz, otro a orillas del Río San Pedro y el último en las cercanías de Casas Grandes a orillas del Gila.

Al sur los *cocomaricopas, opas yumas;* al noroeste, *pápagos y papabotas,* radicados en el actual territorio de Caborca y Pitiquito. Todos éstos llevaban una vida precaria y semisalvaje. Al centro los *sobas,* desde Altar hasta Magdalena, Cucurpe y Nogales. Al noreste *los potlapihuas,* desde Arizpe, Nacorazi de García, Oputo y Bacerac. Los potlapihuas fueron la familia de costumbres más atrasadas y la que mayor resistencia opuso a la penetración misional.

Los Pimas bajos se subdividían en *Biatos o Piatos, Nebomes altos* y *bajos, y* otros muchos pequeños grupos, nominados con el nombre del lugar en que habitaban.

A los biatos o piatos deben su origen las ciudades de Ures y Hermosillo (antiguo Pitic), y tal vez las poblaciones de Opedepe, Rayón y San José de Pimas.

Los nebomes altos residían al pie de las sierras de los pueblos de Nuri, Río Chico, Onavas hasta las sierras de Yécora y Maycoba; en tanto que los nebomes bajos vivían en las planicies de la cuenca del Río Yaqui, hacia el noroeste, formando los pueblos de Buenavista, Cumuripa, Tínichi, Soyopa, Suaqui Grande y Tecoripa.

La cultura de los pimas bajos en general, era superior a la de los pimas altos. Desde mucho tiempo antes de la llegada de los misioneros, los nebomes bajos ya residían congregados en pequeñas aldeas, habitaban en casas de terrado cuyas paredes construían de lodo, gustaban de criar aves de corral, utilizaban

el agua de las corrientes por medio de presas y acequias para el regadío de su sementeras, y vestían, las mujeres en particular, largas túnicas de piel de venado que les llegaban hasta los pies; aunque no con gran notoriedad, eran diestros en alfarería. Tales son los datos proporcionados por don Diego Martínez de Hurdaide en la primera visita que hizo a estos pueblos el año de 1614. [6]

Puede decirse que los pimas altos y bajos constituían una misma familia, hablaban con ligeras variaciones el mismo idioma, y aunque su cultura no presentaba iguales planos de evolución, ni existía entre ellos el espíritu de solidaridad racial, eran sedentarios. La agricultura, base de su economía, se hallaba complementada con la caza, la pesca, la recolección de frutos, según el medio geográfico donde vivían.

De cuerpo bien proporcionado, robustos y musculosos, de piel broncínea, mostraban inteligencia, instintos bélicos y valor a toda prueba, cualidades que los españoles supieron aprovechar destinándolos al servicio militar, a los trabajos del campo y al laboreo de las minas.

Organizadas como fueron las naciones de los pimas por los jesuitas en misiones y pueblos, bajo un sistema esencialmente teocrático, muy pronto se convirtieron en defensores de los intereses misionales, sin que por ello dejaran de insurreccionarse más tarde, impelidos por las vejaciones de que fueron objeto por parte de algunos españoles. [7]

Tales vejaciones motivaron la resistencia de estos indios a la dominación española. Entre las cuales se cuentan: malos tratos, castigos injustos, trabajo excesivo, despojo de sus tierras (no en el sentido de propiedad) en las que tenían libertad para cazar, sembrar o merodear; y aun su propia libertad.

He aquí algunos ejemplos que muestran como las rebeliones de los seris y los pimas tuvieron siempre una causa, y no fue simplemente su espíritu belicoso el que los impulsó a la guerra,

[6] *Ibid.*

[7] Calvo, *op. cit.*, pp. 24-25.

ya que en los siglos XVI y XVII casi no se registran rebeliones de estos grupos.

En 1690, el alcalde Goyenechi cometió varios abusos, de los que podemos anotar el que tuvo con las indias pimas. Valiéndose de su autoridad como alcalde usaba de la violencia para seducirlas. A causa de ello se despoblaron algunos lugares, como el pueblo de Onapa, integrado por pimas que iniciaron un levantamiento acaudillados por un indio llamado Humari. El padre misionero tuvo noticias de las insolencias del alcalde, y lo castigó, sin importarle su cargo y la amistad que los unía. [8]

Cuando el presidio de Pitic (Hermosillo) se trasladó cerca del pueblo de Pópulo donde los jesuitas habían congregado a los seris el año de 1742 por orden del virrey conde de Fuenclara, los seris pacíficos fueron despojados de sus tierras para dotar a los soldados y colonos. Tal hecho provocó un descontento general, origen de la despoblación de las misiones y de un recrudecimiento de las hostilidades con los seris no sometidos, que don Diego Ortiz Parrilla, gobernador de Sonora, pretendió sofocar deportando a Guatemala a las mujeres de los sublevados. Como consecuencia de este acto de crueldad, posteriormente los seris fueron de los más rebeldes en aceptar la dominación española. A esta causa y a la falta de honradez de algunos españoles en sus primeros pactos con los indios del norte, en especial seris y pimas, atribuyó don Bernardo Gálvez, capitán general de los Presidios, la constante rebeldía en que se mantuvieron durante el siglo XVIII.[9]

[8] Roberto Ramos, *Historia de la tercera rebelión tarahumara*, Chihuahua, Publicación de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, 1950, pp. 20-21.

[9] Miguel Othón de Mendizábal, *Evolución del noroeste de México*, en *Obras Completas*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946, vol. III, p. 77.

Principales Rebeliones

En diciembre de 1699, el reverendo padre Melchor Bartiromo solicitó al general don Domingo Xironza, enviase una escuadra de soldados de los de su cargo a contener las rancherías de la Nación seris salineros, quienes con robos y muertes hostilizaban de noche los pueblos cristianos de Tuape, Cucurpe y Magdalena, pertenecientes a su administración. En enero de 1700 salió a combatirlos el alférez Juan Bautista de Escalante. Al llegar a Santa Magdalena de Tepocas, en la que empezaba a fundarse un pueblo cristíano, encontró varios muertos, y se enteró de que habían huido diez familias, por temor a los rebeldes.

Los rebeldes fueron perseguidos por Escalante, y alcanzados a 20 leguas. Aunque hicieron resistencia los apresó, azotó y restituyó al pueblo. Halló entre ellos dos seris salineros que ejecutaron las muertes y atropellos en Santa Magdalena de Tepocas y en el pueblo de los Ángeles de pimas Cocomacagüés. Les tomó declaración y confesaron las muertes; después los *apeloteó* para escarmiento de los demás rebeldes.

Tras de hacer justicia, el alférez se encaminó con el padre Adamo Gilg, ministro del Pópulo, a la costa, donde descubrieron que los demás rebeldes seris, habían huido en balsas a la isla.[10]

En marzo de ese mismo año, en el paraje de Aguas Frías, los seris llegaron a atacar el Real de los Soldados, quienes inmediatamente se defendieron e hicieron huir a los rebeldes rumbo al mar. Reunieron a 120 indios tepocas, sin encontrar entre ellos a los sublevados. Entonces les dieron bastimento, por ser ésta gente muy pobre, y los entregaron al padre Melchor Bartiromo junto con otros 300 que anteriormente se habían sublevado. El padre les repartió tierras y maíz para sembrar y comer, y formó con ellos un pueblo, cuya administración quedó encomendada al padre Campana.

[10] A. G. N. *Historia*, t. 17, f. 231 v.

El alférez Escalante regresó con sus soldados a perseguir a los rebeldes de Santa Magdalena de Tepocas. Al llegar a la ranchería mató nueve indios para ejemplar castigo de los otros, y los que apresó los remitió al padre del Pópulo para que vivieran como cristíanos. Regresó al pueblo de Cucurpe donde celebraron con júbilo la reducción de dichos indios. [11]

Por algunos años estos indios vivieron reducidos en pueblos bajo la dirección de la Compañía de Jesús. En algunas ocasiones formaron parte del ejército español combatiendo contra las demás tribus rebeldes del norte. El año de 1737 se sublevaron los pimas bajos de Tecoripa, Suaqui y demás pueblos situados en aquellas comarcas, refugiándose en el Cerro Prieto, donde los incitaba un indio al que llamaban el Arizivi. El alzamiento no tuvo mayores consecuencias porque avisado de él, don Juan Bautista de Anza, capitán de Fronteras, se fue con algunos soldados y vecinos al Cerro Prieto y logró derrotar al Arizivi y reducir a los indios a sus pueblos. [12]

El año de 1740, el Gobernador y capitán general de la Provincia de Sonora, recibió noticia de que varias tribus se sublevaron, entre ellas:

> ... Los inconstantes Pimas altos... y la infiel proterva nación Seri... sacrificando la sacrílega barbaridad de los Pimas altos, en el ímpetu de sus revoluciones, las preciosas vidas de tres religiosos de la Sacratísima Compañía de Jesús... [13]

A pesar de las muchas medidas que se tomaron y no obstante el vivo esfuerzo de las armas reales que guarnecieron los cinco presidios, que estaban colocados sobre el medio círculo de la Provincia de Sonora, esta Provincia experimentó grandes males por los constantes ataques de las cuadrillas de los seris, engrosados con algunos de los indios populares de la Alta Pimería y la extensa gentilidad de Pápagos, quienes desolaron la

[11] *Ibid., f . 232.*

[12] A. G. N. *Historia,* t. 17, f. 156 y Manuel Orozco y Berra, *Documentos para la historia de México,* 7 vols. Cuarta serie, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1856-1857, vol. I, p. 209.

[13] Orozco y Berra, *op. cit.,* p. 219

Provincia con muertes, robos, incendios y todo género de atrocidades.

Los sobresaltos de esta Provincia, junto con la constante introducción de los improvisados ataques de las naciones bárbaras, forzaron a una gran parte de los habitantes en su distrito, y en general al vecindario del Real de Bayoreca, a que se retiraran, dejando abandonadas sus casas, estancias, labores y bienes.[14]

Refiriéndose a esta gran rebelión de la Provincia de Ostimuri, don Joaquín José de Rivera escribió el 23 de enero de 1741 al gobernador de Sonora, don Diego Ortiz Parrilla, informándole de las tribus que intervinieron en ella: apaches, seris, guaymas, upanguaymas, pimas y en general los indios del Cerro Prieto y la isla de Tiburón; diciendo que era imposible a un mismo tiempo reducir a todos y remediar lo que tenía más de un siglo con hondas y profundas raíces y agregó:

> ... Comprendo que lo del seri es hoy por hoy lo más urgente y ejecutivo y que según la constitución de las Provincias... se debe arreglar primero a una nación y luego seguir con otra, pues de lo contrario si se intentase arreglar a todos a un mismo tiempo, podrían conspirar juntas y seguirse sublevando... y aunque hay unas naciones entre sí enemigas, todas aunque no declaradas concuerdan con la oposición contra el español, y así con facilidad pudieran unirse, como se unieron las opuestas naciones yaqui y pima... Las mismas providencias dirigidas a la reducción del seri serán bastantes a pacificar y reducir la nación upanguayma, y vendrá su reducción como consecuencia de la del seri, la de los carrizos–salineros, tiburones, tepocas, etcétera, (nombres apelativos que propiamente no distinguen naciones sino patriosuelo, vecindad, residencia o ranchería).
>
> Volviendo al seri... varias veces se les explicó la pena, causa y motivo haciéndoseles cargo de la gravedad del delito; que se les remitieron varias embajadas a los del Tiburón y los marismas, que se trataron primera cuantos medios suaves son posibles, concediéndoles y publicando indulto, poniéndoles en la inteligencia que de reincidir los unos y no bajarse de paz se lle-

[14] *Ibid*., p. 220.

varían a sangre y fuego. Siendo necesario que no se dispensara a ninguno y se ejecutaran a los que tenían penas llevando a efecto las órdenes sobre que no podían salir del pueblo sin licencia, o del Reverendo padre misionero, o de los oficiales y justicias.

La observancia de éstas órdenes y ejecución de estas penas, persuade que esta guerra y sublevación será la más reñida como lo ha sido; pero será la última y no lo sería si se dispensáse en lo mínimo; pues si otras sublevaciones se han sofocado, es y ha sido porque los Comandantes se han contentado con castigar a los cabecillas dejando libres a los demás, cuando los más han sido cómplices o partícipes, procurando sólo el que no hagan daño, y no lo que hoy se intenta, que es, el que no sigan viviendo licenciosa y brutal vida, dispuestos a sublevarse otra vez a la menor ocasión y sin el menor motivo, y así lo de menos sería que la guerra se acabase si prosiguiesen viviendo como antes, y lo de menos seria que prosiga la guerra, si con ella, o se han de acabar los seris, que es lo más cierto, o se han de olvidar de sus armas para vivir perfectamente reducidos... La experiencia ha hecho notar que no valen medios suaves... y después de la victoriosa guerra contra el seri, las armas reales conseguirán darle un recomendable castigo ... [15]

Al siguiente año, el 6 de septiembre, don Agustín de Vildosola, escribió desde Buenavista al padre provincial Mateo Ansaldo, para informarle de la erección del Presidio en el Pitic, en medio de los seris y pimas bajos, que desde hacia más de cien años vivían en los marismas, montes y cerros practicando frecuentes infamias y sublevándose constantemente, lo que ponía a la Provincia en continuo peligro, y agregaba:

Si a estas naciones no se trata de reducir a vida social, política y cristiana con el respeto y fuerza de las armas; que por su falta, no se ha hecho cosa de provecho hasta ahora, y por el temor a los dichos bárbaros ha estado y aún todavía está lo más despoblado, siendo lo mejor y más rico de Sonora... y si no se les ha de reducir... creo no es necesario el Presidio en el Pitic...[16]

[15] A. G. N. Historia, t. 16, f. 367
[16] *Ibid.*

A pesar de las medidas tomadas por las autoridades españolas para reducir a los indios, éstos continuaron en franca rebeldía y cada vez sus levantamientos fueron más numerosos. En 1747 las misiones más septentrionales padecieron mucho por las constantes rebeliones de seris y pimas.

Los seris, que habitaban la costa del mar, desde el puerto de Guaymas hasta el norte, se mostraban inquietos y rebeldes contra la sujeción. En la época del padre Salvatierra, algunos se habían reducido y con ellos se formaron los pueblos de los Ángeles, el Pópulo y Nacameri, desde donde ayudados por sus compatriotas aún gentiles empezaron a realizar robos y muertes en los pueblos cristianos.

Para contener estas hostilidades y lograr la unión de los yaquis no muy dominados todavía, se fundaron el año de 1742 los presidios de Pitic y Terranete. Por los continuos ataques de los rebeldes el de Pitic se trasladó en 1748 a San Miguel, y el de Terranete a Guebari, que era frontera de apaches.

Don José Rafael Gallardo, juez pesquisidor que trasladó el presidio de Pitic, tomó cuantas providencias le dictaba su prudencia para someter a los seris. Y por la traslación del presidio a sus tierras, parecieron rendirse.

Muchos indios se congregaron de nuevo al Pópulo y a los Ángeles, hasta el número de ochenta familias, lo que dio esperanza de verlos reducidos por completo.

Pero a don Rafael Gallardo lo sucedió en el cargo un gobernador poco prudente que tomó medidas violentas. A las primeras sospechas y denuncias de hurtos y movimientos de los seris, mandó prender de improviso a todos los que se habían agregado poco antes al Pópulo, mandó quitarles las mujeres y repartirlas por toda Nueva España hasta Guatemala. Esto, imposibilitó por muchos años la reducción de los seris, que deseosos de venganza, volvieron a sublevarse.

Quienes habían permanecido en los pueblos se retiraron a la isla de Tiburón, a donde los siguieron poco después todos los presos que escaparon. El gobernador emprendió la persecución a la isla de Tiburón con un grupo de soldados. La campaña du-

ró dos meses. Lo único que logró fue capturar 28 personas, todas mujeres y niños, pero a ningún varón seri. Dijo, sin embargo, que habían muerto diez o doce en la acción, y aseguró que había exterminado la raza de los seris.

En realidad, al saber los seris que habían llegado a la isla del Tiburón los españoles, huyeron a la Sierra donde se guarecieron. De los 75 españoles que acompañaban al gobernador, ninguno quiso, por ningún medio, seguir en su persecución; sólo los pimas que ya se habían reducido, acompañados de un oficial se atrevieron a internarse en la sierra, hasta llegar a una ranchería donde capturaron mujeres y niños y dijeron que los hombres quedaron tendidos en el campo. [17]

El teniente coronel don Diego Ortiz Parrilla, fue el gobernador de poca prudencia que persiguió a los seris y cometió con ellos tal injusticia, y que al tomar posesión de su gobierno estableció su residencia oficial en la villa de San Miguel de Horcasitas. Desde un principio su administración tropezó con la oposición abierta de los misioneros. Su mayor error consistió en extorsionar a los seris, establecidos desde el año de 1729 en su antigua misión del Pópulo, con lo que provocó el alzamiento de una familia, que como la de los apaches, jamás había estado en paz con los españoles ni con ninguna otra de las tribus agricultoras de Sonora.

En la expedición organizada sobre la isla de Tiburón, el refugio de los alzados, logró ejecutar algunos guerreros y, como ya se dijo, capturó a buen número de familias que por orden del virrey conde de Revillagigedo fueron deportadas y distribuidas como esclavas en toda Nueva España. En vez de solucionar el problema de las rebeliones de los seris, la cruel medida agravó la situación; sin embargo, mereció la aprobación de S. M. Carlos III de España, que en Real Orden del 28 de febrero de 1752, a Ortiz Parrilla, por sus méritos, le confirió el grado de Coronel.

Cooperaron eficazmente en la expedición las milicias organizadas por Luis Macpichigua o Luis del Saric, como le llaman

[17] Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España.* México, Imp. de J. M. Lara, 1841, t. I, pp. 289-290.

diversos historiadores, capitán general de la Pimería alta, quien por su comportamiento y valor obtuvo gran renombre, y fue objeto de calurosos elogios de parte del mismo gobernador.

Sin embargo, este indio fue el que, más tarde, confederado con Savanino [18] cacique de los pápagos, promovió la formidable insurrección de los pimas altos,[19] que estalló en el pueblo de Saric el 20 o 21 de noviembre de 1751. En la propia casa de Luis, se dio muerte a un grupo de españoles que en unión del padre Juan Nentuig o Neutwig habían ido a investigar el objeto de las reuniones clandestinas celebradas allí por los indios.

Muy difícil es precisar la causa u origen de esta insurrección, pues en tanto que en su informe el gobernador la atribuyó a los malos tratos y castigos que los padres daban a los indígenas, ellos a su vez lo inculparon a él, apoyándose principalmente en sus deferencias hacia Luis. Estas acusaciones recíprocas dieron lugar a una larga investigación, que el rey, con fecha 27 de septiembre de 1759, dio por terminada, llegándose a la conclusión de que:

> ... la causa y origen del tumulto fueron los mismos indios cuya excesiva desidia, natural engreimiento y suma inclinación al robo, les inducía fácilmente a rebelarse siempre que hallaban una ocasión proporcionada para el logro de sus insultos... [20]

Sin embargo, es posible afirmar que tanto esta sublevación como otras muchas, incluyendo la del Yaqui, sólo fueron la consecuencia lógica de la situación creada por la falta de entendimiento entre las autoridades políticas y eclesiásticas de la gobernación, de la cual los indios resultaban los más perjudicados.

El día 21 de noviembre de 1751, durante la insurrección citada, los rebeldes dieron muerte, en la misión de Caborca, al padre Tomás Tello, y el día 22, en la de Sonoita, al padre Enrique Ruhen. La misión de Tubutama fue abandonada por los padres

[18] *Ibid*., p. 292 (el padre Alegre lo llama Jovanino).
[19] *Calvo*, op. cit., *pp. 103-104*
[20] *Alegre*, op. cit., p. *293*.

Jacobo Sedelmayr y Juan Nentuig, que habían ido a refugiarse a la misión de San Ignacio, donde perecieron después de dos días de combate. Murieron también buen número de españoles en los diversos pueblos de esta región.

El gobernador, por su parte, acudió oportunamente en auxilio de los misioneros. Reconcentró a los de San Juan, San Javier del Bac y de Guevavi, en la misión de Santa María Suamca; aprehendió y ejecutó a algunos de los complicados en la rebelión, entre ellos un pariente de Luis, y pactó con éste la paz a mediados de 1752.

La determinación del gobernador, que le fue muy censurada por los misioneros, mereció la aprobación de la Corona de España; pero como las diferencias con los religiosos se desarrollaron en su contra con mayor vigor, a efectos de dejar libre campo a la investigación de los hechos que se le imputaban, renunció de su empleo a mediados de 1753, y fue nombrado en su lugar el brigadier don Pablo de Arce y Arroyo. Con fecha 1º de febrero de 1754, Arce y Arroyo expidió un decreto, datado en el presidio de Santa Rosa de Corodéguachi-Fronteras, para la pacificación y el restablecimiento de las misiones de la Pimeria alta. Más tarde ordenó la aprehensión de Luis Macpichigua y de otro Luis del Pitic, que fue el capitán de la guerra del pueblo de Pitiquito, nombrando en esta comisión a los capitanes don Juan Thomás Balderrain, don Gabriel Antonio de Vildosola y don Francisco Elías González, para que les tomasen declaración acerca de los móviles de esa gran insurrección.

Joven seri con pintura facial. Isla de Tiburón.
Fotografías tomadas por Raúl Estrada y Enrique Hernández,
en: *Etnología de México*. Síntesis monográficas.
México, UNAM, 1957

Indumentaria masculina seri. Bahía Kino.
Fotografías tomadas por Raúl Estrada y Enríque Hernández,
en *Etnología de México.* Síntesis monográficas.
México, UNAM, 1957

Tipo habitación en la Isla de Tiburón.
Fotografía tomadas por Raúl Estrada y Enríque Hernández,
en *Etnología de México.* Síntesis monográficas.
México, UNAM, 1957

Habitación de Pimas del sur. Ilustración tomada de: *El México desconocido,*
por Carl Lumholtz. Traducción de Balbino Dávalos,
Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1904

Un Pima joven. Ilustración tomada de: *El México desconocido,*
por Carl Lumholtz. Traducción de Balbino Dávalos.
Nueva York, Charles Scribner's Sons. 1904

Sacrificio del tesgüino después de yúmari.
Ilustración tomada de: *El México desconocido,* por Carl Lumholtz.
Traducción de Balbino Dávalos, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1904

Las diligencias se practicaron en el pueblo de San Ignacio durante los días del 15 al 17 de mayo, y de ellas se extendió testimonio autorizado al padre Joseph de Rivas, visitador general de las misiones de la Compañía de Jesús.

Desde su llegada, Arce y Arroyo trató de atraerse a los seris por medio de la amistad, y aun cuando logró obtener una suspensión transitoria de sus hostilidades, todo fue inútil: para someterse, la primera condición que imponían los indios era la devolución de sus familias, de las que ni el mismo gobernador virreinal conocía su paradero.[21]

La guerra prosiguió. A principios del año de 1755, don Juan de Mendoza se hizo cargo de la administración, y se distinguió por su acometividad en contra de los indios rebeldes. A él correspondió sofocar ese año una nueva insurrección de los pimas altos, encabezada nuevamente por Savanino y en la cual se confederaron los seris, los pápagos y 53 rancherías pimas del Río Gila. Esta vez, la misión de Caborca fue atacada por más de 300 seris y pápagos. En el propio lugar el gobernador hizo ejecutar a tres de los conspiradores, y llevó su campaña hasta el Gila, restituyendo en la misión de San Javier del Bac al padre Alfonso Espinoza, ausente de ella desde el alzamiento de 1751, y por cuyos servicios el rey confirió a Mendoza el grado de Coronel.

Diversos fueron los encuentros que Mendoza sostuvo contra los seris en el Cerro Prieto. Herido gravemente por el capitancillo Becerro, falleció en el mineral de Sarachi, jurisdicción del Municipio de Pitiquito, el 26 de noviembre de 1760.[22]

La rebelión de los pimas de 1755 fue motivada por la insolencia de su cabecilla, quien desarregló las costumbres de los pimas y calumnió a los misioneros hasta hacer creer, en México, que los jesuitas habían sido la principal causa del levantamiento, y que cada día daban nuevos motivos a los indios con vejaciones y crueles tratamientos. A causa de ello los jesuitas fueron víctimas de una tremenda persecución. [23]

[21] A G. N. *Historia*, t. 17, f.158. Alegre, *op. cit*., pp. 294.
[22] A G. N. *Historia*, t. 17,f.158v y Alegre, *op. cit.*, pp.295-296.
[23] Alegre, *op. cit*., p. 296.

Por una carta de don Gabriel Antonio de Vildosola, dirigida al teniente coronel don Juan de Pineda, en 1753, se sabe que en 1752 fue erigido el presidio de San Ignacio de Tubac para detener a los rebeldes pimas que amenazaban las provincias de Sonora y Ostimuri.[24]

Refiriéndose a la rebelión de 1755, don Juan de Mendoza había enviado una carta al M.R.P. visitador Carlos de Rojas, fechada el 15 le febrero de 1757. En ella le informaba de la rebelión de Cerro Prieto, que no había podido sofocar al primer ataque. Declaraba:

> ... había salido días antes la chusma de cien seris a hostilizar al Real de Atunes y rancho de Sonisviate, y seguidos de mí y de mi orden por acá, fueron a acechar a la entrada del cerro a la tropa que en él había entrado... hirieron 24 de los nuestros, como que eran muchos acordonados bultos, donde apenas al tiro de la flecha podría no acertar, y lo atribuyo a... que los seris estaban bien prevenidos y colocados.
>
> Llegados con la noticia a este presidio volví yo nuevamente sobre el Cerro, destaqué cuatro partidas que atacaron cuatro partes los peñoles defendidos por los seris... y en el estrecho y a la media noche cuando todo el campo esperaba que desde los espinales del Cajón, nos sorprendiera el enemigo con varias embestidas que fingí en el tambor por varios lados del Cajón, respondiendo las eminencias con sus ecos, los aterré de suerte que se precipitó en atropellada fuga, por el lado contrario a nuestro Real, toda la Nación.[25]

Muere don Juan de Mendoza, y un pelotón de pimas y seris se internó a hostilizar las inmediaciones del Real de Zaracachi. Otra partida hizo lo mismo en las cercanías del pueblo de Nacori, distante más de sesenta leguas, y otra, al mismo tiempo, en los territorios de la Pimería alta, a cuarenta leguas de Zaracachi y cien de Nacori.

Estas mismas cuadrillas atacaron, más tarde, la hacienda del Sauce, en el centro de la provincia de Ostimuri, y ejecutaron

[24] A. G. N. *Historia*, t. 17, ff. 146-149.
[25] *Ibid.*, ff. 61-63. Orozco y Berra, *op. cit.*, t. I, pp. 70-71.

sobre ella, en las estancias de su comarca, en su entrada y retirada, varios destrozos. Al mismo tiempo, a cuarenta leguas de distancia en la Provincia de Sonora, otra partida salió al encuentro de un piquete de soldados que conducían caballos de Sinaloa para refuerzo del Presidio de Tubac. Aunque los soldados resistieron el ataque, no pudieron evitar el despojo de la caballada, con la que rápidamente se retiraron los rebeldes a sus terrenos.[26]

Varios años continuaron hostilizando los seris y los pimas esta Provincia. Según la opinión del padre Manuel Aguirre, fue de mucho perjuicio para la Pimería el haberles quitado sus tierras a los sobaipuris, porque éstos servían de freno a los apaches y a las otras tribus rebeldes. Las tierras que se dieron a los pápagos, en cambio, no servían de nada. Los pápagos andaban continuamente vagando, y Aguirre aseguraba que la Pimería no se reduciría mientras no se procurara dar asiento fijo a los pápagos.[27]

Con respecto a lo anterior, el ministro de la Pimería de Tubutama recibió el siguiente informe:

> ...Por aquí van dando los pápagos muestras de inquietud, pues según me dice mi gobernador, unos que llevan las bestias del Agua Caliente, son pápagos; Dios nos libre que éstos se vuelvan enemigos...[28]

Este informe fue recibido en 1764 y, dos años después, los indios pápagos del pueblo de Suaqui se rebelaron. Fueron hasta la provincia de Ostimuri, donde los seris y los pimas, especialmente, cometieron sangrientos atentados durante varios días.

Don Lorenzo Cancio se encargó de ir a reducir a los sublevados y llegó hasta un lugar cercano donde estableció su destacamento. Con temor, narra:

[26] A. G. N. *Historia*, t. 17, f. 152v.
[27] Orozco y Berra, *op. cit.*, p. 94.
[28] *Ibid*., p. 124.

> ... de llegar a un pueblo acabado de sublevar y sin esperar en el sus habitantes aquel destacamento, podía ofrecer malas consecuencias y acaso precipitarse los indios que no se había sublevado, a que, con el temor de las armas los ejecutasen...

Mandó inmediatamente viniesen a su presencia todos los indios, indias, viejos, mozos, niños y niñas que hubiesen quedado en ese pueblo, y hallándose todos en su presencia les pidió una relación del atentado que habían cometido sus compatriotas, y les hizo ver del castigo que se habían hecho acreedores y de la piedad que hallarían todos los que se arrepintiesen y volviesen a su pueblo dentro del término de quince días, en cuyo caso les concedía perdón general. Por otra parte solicitó del gobernador de ellos, llamado Ignacio, le prestara dos hombres de confianza que fueran como enviados hasta donde se encontraban los sublevados, y les hicieran saber sus resoluciones.[29]

Ayudado por una compañía volante al mando de don Francisco Elías, sofocó, después, la sublevación en el Cajón de las Cruces; pero ese mismo año se volvieron a sublevar los Sububapas provenientes de San Marcial y Santa Rosa. (Por lo cual se les conocía con el nombre de los "San Marciales" Y tratando de averiguar el padre Cancio las causas de la sublevación, recurrió a don José Rafael de Valenzuela, teniente de Alcalde Mayor de aquel partido, pidiéndole el padrón de todos los indios de ese pueblo, con el objeto de conocer el número de los rebeldes. Éste respondió que los indios andaban dispersos desde el día en que él entró a su cargo y que desde entonces habían iniciado el levantamiento. El padre Cancio insistió en su solicitud, y entonces, bajo juramento de decir verdad, Valenzuela contestó que ascendían como a trescientos hombres capaces de manejar armas, y que en cuanto al origen del alzamiento había oído decir al Comisario don Juan Aldai, recién muerto, que los indios suaquis estaban ligados con los seris por un indio seri llamado Esteban, unido a dos rebeldes, uno llamado Pedro y el otro To-

[29] Noticias sacadas de los autos que formó don Lorenzo Cancio, en enero de 1766. Orozco y Berra, *op. cit.*, pp. 145-149.

más, este último gobernador del pueblo de Tecoripa, donde se le depuso del empleo y se le azotó, según había sabido por orden del padre Ministro. Agregó que Tomas, gobernador depuesto, y Francisco, capitán de la guerra de Tecoripa, convocaron a los rebeldes.

Para completar su investigación, el padre Cancio tomó declaración a siete indios y recibió el padrón de los fugitivos Sibubapas (Sobibapus o Pimas Bajos) que le envió el misionero de esa región, Francisco Javier González. [30]

Para cumplir su promesa de conceder el indulto a los fugitivos que regresaran, el padre Cancio envió al alférez don Domingo Gaona para convencerlos e instarlos a regresar y declarar los motivos de su sublevación. [31]

Así, el 1º de febrero de 1766, dice el padre Cancio:

> ... Hice comparecer ante mí, a Miguel, indio pima de la misma nación de los sublevados y uno de los reos en el auto que antecede y estando presente le recibí juramento... y prometió decir verdad en lo que supiere en orden a la sublevación de los hijos de este pueblo, los motivos que tuvieron para ello. Y declaró:

que el capitán de la guerra era Andrés, que en la noche de la rebelión se reunió en junta con Pedro, quien le dijo que si no se unía a la rebelión, él sería la causa de que:

> ...fuesen arruinados en su pueblo y quedasen privados de tener cabras y otras cosas de su propia utilidad... y que él consideraba que por esta amenaza se resolvieron sus compatriotas a levantarse, y que él mismo que habla, conociendo esto se determinó a concurrir con ellos... y salió de este pueblo con esa determinación, aunque después se arrepintió y ya había resuelto irse al pueblo de San José de Pimas, cuando el teniente don Manuel Azuela lo aprehendió.[32]

[30] *Ibid*., pp. 154-170.
[31] *Ibid*., p. 171.
[32] *Ibid*, p. 183.

De este modo los demás sublevados comparecieron a declarar lo que sabían acerca de la rebelión. Por sus declaraciones, muy semejantes a la anterior, puede decirse que esta sublevación, como las demás del norte, se originaron en su mayoría por la poca táctica que tuvieron las autoridades españolas para reducir a los indios. Así lo demuestra la carta del padre Gabriel de Aragón, del 6 de septiembre de 1765 en la que dice:

> ... Ojalá señor se poblaran estas provincias al abrigo de nuestras armas, no como hasta aquí se ha hecho sin consideración del porvenir... parajes sin tierras ni aguas para la continuación de su habitación... debe hacerse en lugares cuyo pueblo y comercio con los naturales se haría con más facilidad y asentaría las reducciones; porque este pueblo es el que verdaderamente conquista, y finalmente me atrevo a asegurar a V. S. que si no se pone un presidio donde yo indico se continuará la guerra y nunca se repoblará el Real de Bayoreca... [33]

Continúa explicando que ni los seris ni los pimas altos, son quienes destruyen y provocan la guerra, sino que son los pimas bajos, unidos con los yaquis y los indios sirvientes de los españoles que están empadronados y poseen armas, los que se sublevan o incitan a los otros a la rebelión. Señala que si se les exige licencia para portar armas y se establecen presidios se asegurará esta región, se evitará la guerra y se podrá reducir al seri sin el uso de las armas. Termina diciendo:

> ... Señor Gobernador en estas provincias tan estériles, sólo los ríos son a propósito para establecer comunidades, como lo fueron para radicar la de los indios desde su gentilidad, debemos pues situarnos entre ellos en las márgenes de los ríos para nuestro bienestar, para nuestra comunicación y comercio, que importa mucho para contenerlos en cualquier sublevación que intenten y finalmente para que nos ayuden como amigos a la conquista de otras naciones rayanas.
>
> Ya ve la discreción de V. S. que si este Real de los Álamos, como mandó el señor gobernador Terán, se hubiera fundado en Guada-

[33] *Ibid*., p. 184.

> lupe, margen del río Mayo, su Nación, no la hubiera sublevado el yaqui, y que si éste hubiera tenido un pueblo de españoles en esta Banda de Buenavista, nunca hubiera resuelto alzarse, ni convocar otras naciones de adentro y fuera, como lo hizo por el año de 1740, y ahora cada cuando se le antoja... [34]

Por su parte, el padre don Lorenzo Cancio, gobernador del presidio de San Carlos de Buenavista, en carta del 28 de octubre de 1766, señala las providencias que debían tomarse para la pacificación y conservación de la provincia de Sonora. Y dice:

> ...No es posible en manera alguna, reducir ni pacificar los indios bárbaros, apóstatas, seris, pimas altos, Subapuris, etcétera, sino se resuelve ejecutarlo con ayuda de las armas, porque con las dos primeras naciones se ha trabajado muchas veces para atraerlos de paz, por los medios mas suaves, pero este medio tan propio de la religión católica y de las piadosas intenciones del Rey, degeneran en el concepto de estos enemigos de la humanidad... [35]

Ese mismo año, cerca del presidio de San Carlos de Buenavista se sublevó en la Pimería baja la nación sububapa que vivía en el pueblo de Suaqui. Esta nación ascendía a cien familias que se unió con los antiguos rebeldes para reforzarse y se refugiaron en el Cerro Prieto, donde residían generalmente, y tanto por la aspereza del cerro, como por el modo en que los bárbaros hacían la guerra, era imposible reducirlos.

Toda esta región estaba poblada por indios ya reducidos que se contaban por millares. Muchos de los sububapas recién sublevados, bajaron pidiendo paz. Se la concedió el gobernador, y los estableció en el pueblo de Belem; pero como los indios eran amantes de su libertad, pronto volvieron a sublevarse. De esta manera se hallaban unos de paz con los españoles, mientras otros estaban de guerra, y se presentó el caso de que había sububapas en paz que tenían sus hijos en el Cerro Prieto y, por el contrario, hijos que tenían sus padres allá.

[34] *Ibid*. p. 185.
[35] A. G. N. *Provincias internas*, vol. 48, f. 29.

Meses más tarde, esos mismos indios que estaban de paz, atacaron en compañía de los pimas altos el presidio de San Carlos de Buenavista, y fueron rechazados y castigados.[36]

Al siguiente año, en 1767, se sublevaron los seris, y fue nombrado el coronel don Domingo Elizondo para combatirlos. Elizondo estableció su cuartel general en Pitic, y aunque presentó batalla no los pudo reducir: segregados y dispersos en su extenso terreno, fatigaban a la tropa española que sólo por accidente solían encontrarse con los rebeldes. Calculando éstos que por muchos años seguiría esta lucha, y deseosos de que los españoles salieran de sus tierras, empezaron a negociar la paz con ellos, quienes dispuestos a lograrla ofrecieron a los indios regalitos y les prometieron toda la protección Real si declaraban la paz. Algunos lo hicieron, y pronto se congregaron en Pitic. [37]

En 1768 estalló otra rebelión en el Cerro Prieto. Refiriéndose a ella, fray Antonio de los Reyes dice:

> ... Toda la atención está puesta en las operaciones de nuestras tropas contra los rebeldes del Cerro Prieto... Me dicen que el señor coronel ha tenido una acción con los seris, y algunos creen, que estos batieron nuestras tropas y las forzaron a retirarse, con pérdidas de tres dragones y once heridos. No será posible hacerme creer que nuestra tropa volviese la espalda, más, la experiencia les hará conocer a algunos de los nuestros, no ser los enemigos tan despreciables como tienen aprendido... [38]

Para combatir a estos rebeldes, fue nombrado nuevamente don Domingo Elizondo, quien salió para las Pilas de Ibarbun y Temaje donde estaban los rebeldes seris.

Los seris de estos pueblos no se habían levantado desde la rebelión de los llanos de Saracache, a causa de la muerte del señor Mendoza, pero volvieron a poner en sobresalto la región

[36] *Ibid*., f. 33 y f. 426.

[37] A. G. N. *Historia*, t. 17 ,f. 159.

[38] Carta núm. 4 de fray Antonio de los Reyes, escrita en Cucurpe a 19 de septiembre de 1768. A. G. N. *Historia*, t. 18, f. 268.

con sus nuevos movimientos de descontento por la dominación de los españoles.[39]

Al referirse a esta rebelión, fray Antonio de los Reyes explica que a estos indios se les unieron los pimas y los suaques y lucharon en el Cajón de la Palma de la Sierra de Santa Rosa, llamada vulgarmente Cerro Prieto.

Las tropas de Pitic y de Guaymas combatieron a estos rebeldes, tratando de cercarlos y obligarlos a rendirse en un terreno conocido por los indios, pero que para los españoles era inexpugnable, y en cuyas asperezas los indios fundaban su mayor defensa.

Fue difícil para los españoles presentar batalla. En tres ocasiones anteriores, con el difunto gobernador don Juan de Mendoza, los rebeldes habían quedado victoriosos y los bárbaros se lisonjaban de:

> ... que era imposible a los españoles penetrar a la esperanzas del Cajón, ni superar sus alturas...

Las tropas españolas, sin embargo, avanzaron con las precauciones que permitía el terreno, y a su encuentro salieron los rebeldes, muy orgullosos, y precedidos de su acostumbrado alarido principiaron a "jarear", pero fueron correspondidos con una gran descarga de la artillería española, y después de una tremenda lucha, al verse perdidos los indios, huyeron a ocultarse en la sierra. [40]

"... El honor, la gloria y el vencimiento tienen estos bárbaros fundado en la fuga..." dice don Domingo Elizondo, y como ya tenía la batalla ganada, se introdujo en la cañada, donde encontró mujeres y niños, y objetos y animales robados, además encontró gran número de muertos. La tropa española logró de-

[39] Carta núm. 6 de fray Antonio de los Reyes, fechada en el pueblo de Tuape el 26 de octubre de 1768. A. G. N. *Historia*, t. 18, f. 269

[40] A. G. N. *Provincias internas*, vol. 48, ff. 33 y 426.

salojar al enemigo del Cerro Prieto, donde nunca antes había logrado ventaja alguna, y a este respecto nos dice Elizondo:

> ... Con dificultad se logrará otro un favorable lance... porque hoy han visto prácticamente los desengaños: 1ºque es capaz la tropa de superar cualquier eminencia y 2º el gran fuego que alcanzó el fusil y que no habían experimentado.[41]

Derrotados los indios, decidieron retirarse las tropas españolas, llegando triunfantes al destacamento de Pitic. Así quedó pacífico por algún tiempo el llamado Cerro Prieto, que siempre fue el baluarte de los indios pimas, seris y suaques.

Para finalizar podemos asegurar que las primeras entradas de los españoles a las tierras de estas tribus se caracterizan por la forma pacífica con que los naturales los recibieron, pero que el trato injusto y las crueldades de algunas autoridades los tornó hostiles y desconfiados y los obligó a recurrir a la guerra como medio para defender sus derechos.

Algunas tribus, como la de los pimas, que se habían distinguido por su amistad hacia los españoles, se unieron en ocasiones a los rebeldes para vengarse de los malos tratos de que fueron objeto, y las misiones que desarrollaban una labor benéfica en favor de los indios, fueron atacadas en su fundamento por las autoridades civiles.

El medio más efectivo para apaciguar a estos rebeldes debió haber sido el establecimiento de Misiones y Presidios auxiliados y protegidos por esas autoridades civiles.

En la actualidad, los seris y los pimas son tribus ya casi extinguidas. Cuentan con pocos niños, y probablemente en menos de un siglo se hablará de ellas como de otras dos culturas desaparecidas.[42]

[41] Ibid., *ff. 426-428.*

[42] Ángel T. Ferreira: "Una semana entre pimas y seris. Dos culturas que se extinguen" en *Excélsior*, México, 25, 26 de mayo de 1959.

Los seris, en 1727, se calculaba que estaban integrados por 2,000 individuos. Según el censo de 1934 sumaban un total de 160; 64 monolingües y 96 bilingües.[43] En 1958 eran sólo 134.[44]

El registro de los pimas efectuado en 1934 anotó 860 indígenas de habla pima, de los cuales 852 eran bilingües.[45] En 1958 únicamente existían 170.[46]

Estos dos grupos no tienen contactos culturales con los blancos, ni los desean; y aunque independientemente cada uno lucha por sobrevivir, desgraciadamente se extinguen.

Tratando de encontrar el desarrollo cultural y el beneficio que estas tribus obtuvieron con la conquista, se puede decir que fue muy poco, ya que todavía hasta mediados del siglo xx viven en condiciones semejantes a las que tuvieron cuando se les descubrió.

Se pacificaron a fines del XIX porque se redujeron considerablemente en número, unas veces por, las epidemias que los diezmó, y otras por las guerras que sostuvieron entre si, ya que los pimas se sometieron por la intervención de los misioneros y sólo tomaron parte en las operaciones que las fuerzas españolas organizaron para reducir a los comanches y a los seris.[47]

La vida actual de estos dos grupos es la siguiente:

Los Seris

Habitan en las costas del Océano Pacífico, en Sonora, cerca de Baja California, y aún son nómades. A veces están en Bahia Kino, en la isla de Tiburón, en Punta Peñasco o en la desembocadura del río Altar.[48]

[43] Rojas González, Los seris, *op. cit*., p. 31.
[44] Ferreira, *op. cit*., 25 de mayo de 1959.
[45] René Barragán Avilés, Los Pimas, en *Etnografía de México*. Síntesis monográficas. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1957, p. 93
[46] Ferreira, *op. cit*., 25 de mayo de 1959.
[47] Barragán Avilés, *op. cit.*, p. 94.
[48] Rojas González, *op. cit*., p. 31 y Ferreira, op. cit., 25 y 26 de mayo de 1959.

El territorio de la isla de Tiburón donde por lo general se encuentran establecidos los campamentos seris, es árido y cuenta sólo con un arroyo que lleva agua en época de lluvias y, cerca de la costa, en esa misma época, brotan manantiales de agua dulce. [49]

Los seris son indios fuertes, de complexión robusta, bastante altos, pasan del 1.80 de estatura, y aparentemente se ven saludables. [50] Sin embargo, la mortalidad infantil es muy alta y tal vez se debe a que sus prácticas médicas consisten en actos de magia que llevan al cabo los más viejos de la tribu. En casos de epidemia abandonan a los enfermos y también a los inválidos; así, esta tribu desaparece. [51] Las mujeres seris luchan contra esta amenaza buscando matrimonio entre los solteros de la tribu, coqueteándoles y pintándose el rostro de diferentes maneras para agradarles. [52] Este grupo indígena es el único que en la actualidad usa pintura facial que semeja tatuajes. El estilo de los dibujos faciales es exclusivo de cada familia, que lo usa por generaciones. [53] (ver ilustración N° 1)

Veneran a tres animales, cuyos nombres adoptan las distintas sectas en que se subdivide la tribu: la tortuga, el pelícano y la serpiente. Siendo estos animales el motivo principal de las pinturas con las que se adornan. [54]

El matrimonio de un seri debe ser aprobado por todo el grupo, y si no es así no se realiza. Cuando se acepta el matrimonio, el hombre se compromete a sostener a la suegra y a los hermanos de su mujer durante algún tiempo. Esta costumbre, unida a la pobreza de este grupo, influyen para que no se casen fácilmente los seris, y ello contribuye a la disminución de la tribu. [55]

El grupo familiar compuesto por padre, madre e hijos, está bajo la autoridad de la abuela materna.

[49] Rojas González, *op. cit*., p. 31.
[50] Ibid. y Ferreira, *op. cit.*, 26 de mayo de 1959.
[51] Rojas González, *op. cit*., p. 32.
[52] Ferreira, *op. cit.*, 25 de mayo de 1959.
[53] Rojas González, *op. cit*., p. 36.
[54] Castillo, Renato, *op. cit.*, p. 35.
[55] *Ibid*., p . 40.

Subsiste el gobierno autóctono, integrado por un jefe o gobernador, que es un joven fuerte, el más hábil en la caza y en la pesca. Los ancianos de la tribu figuran como consejeros y ellos eligen al jefe, pero subsiste la preponderancia de la mujer en muchos actos de su vida.[56]

La base de su alimentación es principalmente carne de "Cahuama" o tortuga marina, los huevecillos de las aves marinas, las ostras, y pescados [57] que obtienen utilizando arpones rudimentarios, arco y flecha. No utilizan el fuego, se comen los alimentos crudos. [58] En ocasiones comen carne de caballos, vacas o burros robados y en estado de putrefacción. No cultivan la tierra. Recolectan frutos como la pitahaya y el sahuaro, y complementan su dieta con atole de maíz. [59]

La indumentaria de los hombres consiste en pantalón y camisa de dril con sombrero de palma pintado. Las mujeres usan falda y camisa de colores vivos, adornos con listones, anillos y aretes; y hombres y mujeres andan descalzos. (Ver Ilustración N° 2.)

Viven a la intemperie. Las enramadas que forman sólo sirven para tener sombra durante el día, y son habitadas temporalmente. ya que continúan con una vida námade. (Ver Ilustración N° 3.)

Entre noviembre y enero realizan la pesca que es la base de su economía. En balsas primitivas, fabricadas de carrizos dispuestos en tres haces unidos por fibras de maguey o mezquite y los dirigen con remos. Estas embarcaciones son muy semejantes a las de los indígenas de la Polinesia.[60] El resto del año recolectan frutos y fabrican miel, de la cual, parte consumen y parte venden en bahía Kino.[61]

Acerca de su origen no se tienen antecedentes históricos, y como hemos visto, en la época colonial formaron un grupo nu-

[56] *Ibid.*, p. 40 y Ferreira, *op. cit.*, 25 de mayo de 1959 y Castillo R., *op. cit.*, p. 35.
[57] Rojas González, *op. cit.*, p. 34.
[58] Ferreira, *op. cit.*, 26 de mayo de 1959 y Castillo Renato, *op. cit.*, p. 35.
[59] Rojas González, *op .cit.*, p. 34.
[60] Renato, *op. cit.*, p. 38.
[61] *Ibid.*, p. 36.

meroso" guerrero y nómade, que recorría el actual estado de Sonora y se refugiaba en la isla de Tiburón, no fue posible reducirlos ni por las armas ni por medio de la fe. [62]

A principios de este siglo, cuando ya se redujeron, empezaron a desarrollar pequeñas industrias familiares: manufacturas de cajitas de concha, sombreros y canastas de palma. En 1939 el gobierno organizó la "Cooperativa Indígena Seri", en donde los blancos y mestizos de Sonora obtenían el pescado de los seris a cambio de alcohol, drogas y algunos víveres, trueque desfavorable para los seris. [63]

Tal vez por ello, los seris no muestran en ningún momento cordialidad al forastero. Es una de las tribus poco estudiadas. Se nombran a sí mismos Kinkaak, y por sus caracteres étnicos y sus costumbres, no tienen semejanza con otras tribus americanas.

Se les considera entre los más salvajes; refractarios a la civilización, siempre han presentado resistencia a la aculturación. [64]

Todavía en el siglo XIX continuaron llevando una vida independientes, asaltando poblados, robando siembras y ganado. Pero a fines de ese siglo empezaron a llevar una vida pacifica en virtud de que se redujo considerablemente el número de su población. [65]

Después de haber sido una tribu muy belicosa, en la actualidad sólo se registran robos, y algunos delitos de sangre, provocados por la embriaguez o el uso de drogas, los cuales se penan con la muerte. [66]

En la isla de Tiburón, donde por lo general habitan, la temperatura remonta los 46º, y sólo los seris la soportan. Se les considera una de las razas más vigorosas del mundo, ya que han podido subsistir en este lugar. Sin embargo: "es una raza fuerte, demasiado fuerte, que se extingue". [67]

[62] *Ibid*., p. 33
[63] *Ibid* p. 38 y Castillo,
[64] Ferreira, *op. cit.*, 26 de mayo de 1959.
[65] Rojas González, *op. cit.*, p. 34.
[66] *Ibid*., p. 40.
[67] Ferreira, *op. cit.*, 26 de mayo de 1959.

La abulia–intencional o no–de las autoridades, la miseria en que viven en pleno siglo xx, el abandono, la incuria, la insalubridad, la explotación y el hambre están acabando lenta y seguramente con los seris. [68]

Los Pimas

En la actualidad este grupo habita las rancherías de Maycoba, Quipurito y San Antonio de las Huertas, del municipio de Onavas, y los municipios de Ures, Soyopa y Batuc. Todos estos pueblos se encuentran en la sierra de Sahuaripa, en el estado de Sonora.

Estos indios son fuertes, de estatura regular, delgados y ágiles. Actualmente son pacíficos y respetuosos de la ley. Cuidan de la limpieza de su persona y llevan una vida más higiénica que otros grupos indígenas dé México. Han adoptado la medicina moderna para curar sus enfermedades; sin embargo, algunos recurren todavía a los hechiceros.

Antiguamente existían dos grupos, como ya antes se ha dicho:

La Alta Pimería, que comprendía parte del estado de Arizona y el norte y noreste de Sonora, y la Baja Pimería, en la región sur de Sonora. [69]

En nuestros días existe sólo la Baja Pimería; el otro grupo ha sido mestizado totalmente. Al extinguirse los pimas dejan al mundo su admirable sisterna de gobierno: en una reunión pública y por votación se elige al gobernador, que trabaja sin ayudantes y tiene la obligación de hacer imperar el orden en la tribu, velar por su salud y progreso.

Los problemas se discuten en reuniones al aire libre y la solución se da por votación popular. Generalmente la elección del señor gobernador se efectúa el 4 de octubre y es suficiente que diez pimas estén en desacuerdo con la manera de proceder de

[68] Castillo, Renato, *op. cit.*, p. 39.
[69] Barragán Avilés, *op. cit.*, p. 93.

su jefe para que haya nuevas elecciones j así puede durar toda la vida en el puesto.[70]

La vida económica de los pimas se basa principalmente en la ganadería, su agricultura es raquítica y es curioso observar cómo dan poca importancia al maíz. La base de su alimentación es el trigo, que obtienen comprándolo en poblados mestizos cercanos.[71]

Complementan su dieta con frijol, chile, papas, yerbas, frutos de la región, atole y café.

Habitan casa de adobe o de piedra que consta de dos habitaciones y cocina. Algunas veces se encuentran chozas de vara o madera.[72] En ocasiones colocan cruces delante de la casa y cerca de ésta construyen pequeñas cámaras de techo cónico, que les sirven como taller para trabajar en los tejidos de palma.[73] (Ver Ilustración N° 4.)

Los pimas contemporáneos visten pantalón de mezclilla y blusa, zapatos y sombrero de palma, algunos continúan usando calzón y camisa de manta y huaraches. (Ver Ilustración N° 5.)

La mujer viste enagua y blusa de tela de algodón estampada en colores, por lo general anda descalza y sólo usa zapatos en día festivo.[74]

Acostumbran una fiesta en diciembre llamada *Yúmari,* al levantar su cosecha. En ella sacrifican reses y beben *tesgüino* –bebida a base de maíz fermentado– característico de esta tribu. Entre sus actividades está la búsqueda de oro en polvo que contienen sus tierras.[75] (Ver Ilustración N° 6.)

Antiguamente acostumbraban matar el ganado que robaban de las rancherías cercanas. Eran sumamente agresivos, pero últimamente en virtud de que son tan pocos ya conviven con los blancos. Trabajan con ellos por temporadas y cuando ya tienen suficiente para su provisión se retiran a sus tierras con

[70] Ferreira, *op. cit*., 25 de mayo de 1959.
[71] Barragán Avilés, *op. cit.,* p. 96.
[72] *Ibid*., p 94.
[73] Ferreira, *Op. cit.,* 26 de mayo de 1959.
[74] Barragán Avilés, *Op. Cit.,* p. 94.
[75] *Ibid*., p.96.

los suyos. Jamás dan a conocer su verdadero nombre y es curioso que a la mayoría de los pimas les "apasiona el apellido Galaviz".[76]

Conservan su gobernador indígena: un anciano de ejemplar conducta que sirve de consejero a las autoridades municipales.[77] El último del que tenemos noticias es Jesús Duarte, el más anciano de la tribu, ignoraba su edad y no sabia a cuántos pimas gobernaba. Sucedió en el cargo de gobernador a Antonio Galaviz, el 4 de octubre de 1958.

Duarte vivía del cultivo del maíz, papa, trigo y frijol y habitaba una humilde choza. No percibía sueldo por el cargo que ocupaba.

Se encargaba de exigir respeto entre los de su tribu, y que cada uno trabajara su tierra.[78] Actualmente este grupo está en pleno proceso de extinción.

BIBLIOGRAFÍA

Manuscritos

Archivo General de la Nación (A. G. N.) *Historia, vols.* 16, 17, 18 y 19.

Archivo General de la Nación (A. G. N.) *Provincias Internas, vol.* 48.

ALEGRE, Francisco Javier: *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España,* introducción y notas de Carlos M. de Bustamante, 3 vols., México, Imp. de J. M. Lara, 1841, vol. I, 460 pp. Ils.

CALVO BERBER, Laureano: *La población indígena del noroeste. Nociones de historia de Sonora,* México, Librería de Manuel Porrúa, 1958.

CASTILLO, Renato: "Los seris: Una raza que se extingue" en *Sucesos para todos.* núm. 1695, México, 5 de noviembre de 1965. glo. pp. 32-39.

FERREIRA, Ángel T.: "Una semana entre pimas y seris. Dos culturas que se extinguen" en *Excélsior,* México, 25 y 26 de mayo de 1959.

[76] Ferreira, *Op. Cit*., 26 de mayo de 1959.
[77] *Barragán Avilés, op.* Cit., p. 99.
[78] Ferreira, *op. cit*., 26 de mayo de 1959.

MENDIETA Y NÚÑEZ, Lucio, Rojas González, Francisco, Barragán Avilés, René y otros. *Etnografía de México. Síntesis monográficas.* México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1957, 681 pp. Ils.

MENDIZÁBAL, Miguel Othón de: *Evolución del noroeste de México* en *Obras completas,* 8 vols. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946, vol. III, 345 pp. Mapas.

OROZCO Y BERRA, Manuel: *Documentos para la historia de México,* 7 vols. cuarta serie, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1856-1857.

RAMOS, Roberto: *Historia de la tercera rebelión tarahumara,* Chihuahua, Pub. de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, 1950.